Del Caribe a la Clementine
Stephen Baxter



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El camino a las estrellas empieza en las profundidades del océano.
Stephen Baxter

Estamos en el año 2020. La Clementine, una nave minera de la Tierra, se aproxima a un asteroide cercano al planeta, una montaña volante de agua helada y materia orgánica. Se espera que los asteroides ricos transformen la economía del planeta.

En cuanto la nave contactó suavemente con el polvo del asteroide, la piloto comunicó el éxito de su misión a los controladores de la Tierra. Es una astronauta que puede navegar a través del espacio, manipular su medio ambiente y controlar maquinaria compleja. Pero no es humana. Es un miembro de la especie Sepioteuthis sepioidea: un calamar de los arrecifes del Caribe, o mejor dicho, un descendiente genéticamente mejorado de un calamar natural. Su aerodinámico cuerpo con forma de torpedo es ricamente abigarrado en negro y naranja ardiente. Aletas como alas se rizan elegantemente a lo largo de su cuerpo. Su cabeza está coronada por un pico y rodeada por brazos parecidos a aletas, y tiene dos ojos saltones azul verdosos bordeados de naranja.

Ojos extraños. Inteligentes.

La idea de calamares en el espacio habría parecido fantástica para los seguidores de los primeros astronautas. Pero la lógica que ha permitido el primer piloto cefalópodo desde el Caribe a la Clementine ha demostrado ser inevitable.

Se sabía desde hace varias décadas que los calamares son moluscos extremadamente inteligentes, con funcionalidad equivalente a la de los peces. Eran depredadores muy eficientes, capaces de navegar y cazar en tres dimensiones. Tenían brazos que podían manipular, usándolos, por ejemplo, durante el apareamiento. Tenían sentidos basados en la luz, el olor, el gusto, el tacto, el sonido, la gravedad, la aceleración, y quizás incluso sentidos eléctricos.

Los calamares hablaban entre sí. Sus pieles centelleaban con diseños hechos con sacos de gránulos de pigmento rodeados de músculos. Pero, ¿las señales eran un lenguaje auténtico? Los científicos humanos han sido capaces de aislar un número de componentes lingüísticos que se combinan en una gramática simple.

Sin embargo, nadie sabía sobre qué podrían hablar los calamares. Formaban bancos para protección mutua, pero no jugaban o se acicalaban, y cazaban individualmente. No estaba claro por qué estos animales, solo parcialmente sociables, necesitaban sistemas de comunicaciones tan complejos teniendo una vida tan corta.

No obstante, a principios del siglo XXI, los científicos del área espacial, pensando desde un punto de vista diferente, se dieron cuenta de que los cefalópodos, en particular los calamares del arrecife, podrían ser precisamente la solución que necesitaban para los viajes en el espacio. Los calamares vivían de todas formas en caída libre, y por lo tanto se adaptaron a las condiciones de ausencia de gravedad en el espacio, para ellos no habría problemas psicológicos como los que atormentaban a los astronautas humanos. Los requerimientos de sus soportes vitales eran simples: una burbuja de agua con un ecosistema oceánico básico sería suficiente. Podrían navegar con sus poderosos ojos de depredadores. Podrían comunicarse. Y podrían manipular su medio ambiente.

Se inició un gran proyecto internacional, subvencionado por la NASA, la ESA y varios institutos oceanográficos. Su objetivo no era nada menos que aumentar la inteligencia del calamar del arrecife. Fue un desafío técnico enorme. La disposición neural del calamar no es como la humana. Un calamar tiene dos cuerdas nerviosas similares a raíles que recorren la longitud de su cuerpo, sembrados de pares de ganglios; el par de ganglios delantero está expandido en una masa de lóbulos. Los científicos identificaron rápidamente las áreas del cerebro responsables del aprendizaje del lenguaje (desagradablemente, mediante el corte de partes del cerebro del calamar para ver que pasaba.) Se descubrió que se podría desarrollar una ingeniería genética comparativamente sencilla para hacer inteligentes a los calamares, o mejor dicho, más inteligentes. Por supuesto, hubo protestas de los activistas de los derechos

de los animales: pero también angustia de un tipo más filosófico, de grupos que cuestionaban la ética de nuestra habilidad para infligir una conciencia de mortalidad en otra criatura que no era previamente sintiente.

A pesar de dicha oposición, y también de las predecibles crisis de las subvenciones, el esfuerzo continuado produjo rápidos resultados. Pronto, se desarrollaron calamares mejorados útiles para trabajar en el océano, por ejemplo, para trabajar en granjas oceánicas. Y se llevaron a cabo los primeros experimentos para ver si también podrían operar fuera de la Tierra. Sin sorpresa de nadie, resultaron ser buenos astronautas.

Misteriosamente, como ya se apuntó, era como si el calamar hubiera evolucionado para las condiciones del viaje espacial, como los humanos evidentemente no lo habían hecho. Algunos teóricos de la conspiración empezaron a preguntarse si el propósito primario de la humanidad no habría sido, todo este tiempo, el de llevar a los cefalópodos mejorados a su ambiente natural en el espacio. Y otros, cautelosos con el enorme potencial de los calamares, empezaron a mirar ansiosamente hacia el cielo.

Ella podía sentir el familiar toque de la nueva gravedad. Más allá de la piel translúcida de su hábitat podía ver un suelo granulado verde negruzco, un horizonte dentado a apenas decenas de metros de distancia. La Tierra está muy lejos, y sus lazos de lealtad a la humanidad están muy estirados. Para la piloto calamar, el calor de la cavidad de su manto, huevos impregnados, es mucho más importante. Y para ella, este asteroide no es una mina en el cielo. Es un campo de reproducción. Ella hace ostentación de su triunfo, la piel de su manto se estremece. Al fin, con un sentimiento de excitación, desliza sus brazos en el interior de los waldos y se prepara para empezar su trabajo.